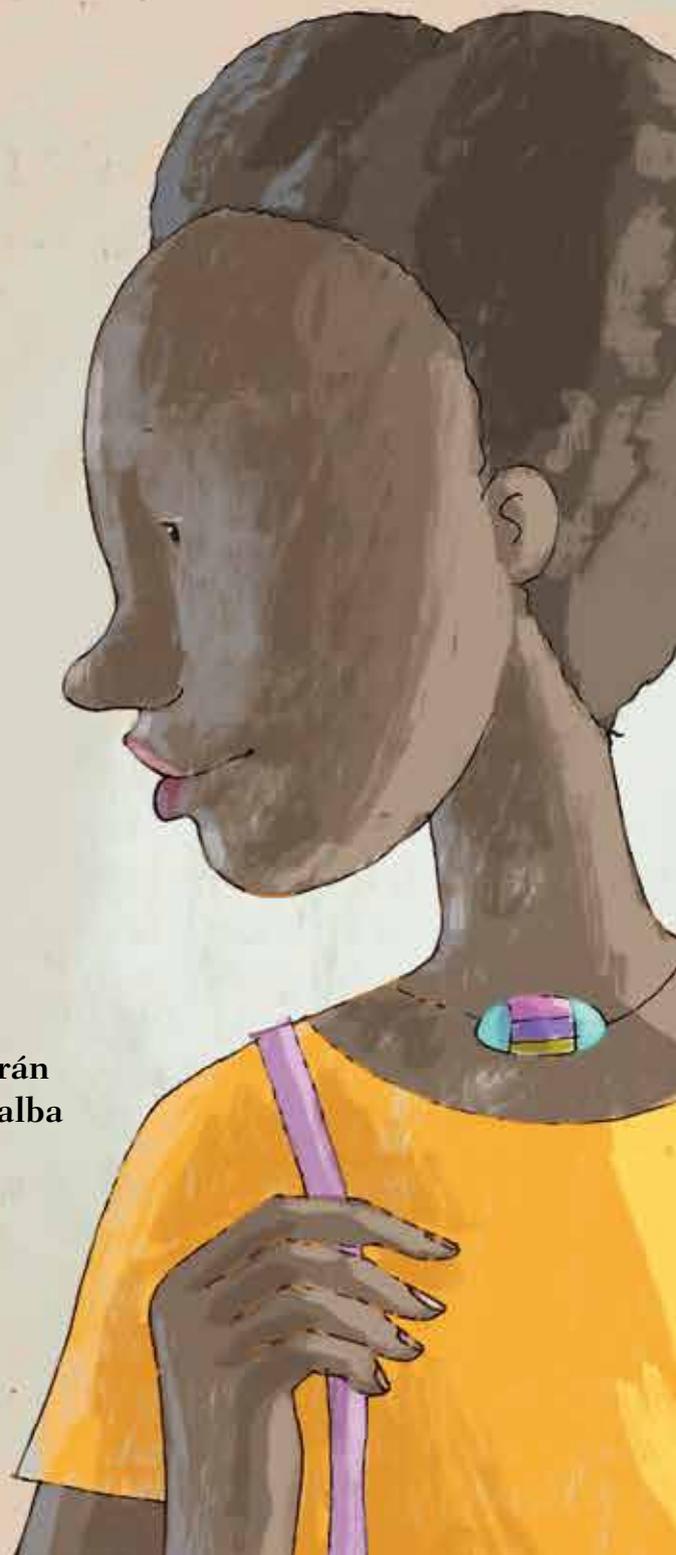


El pasado de Ana



Versión literaria de **Paola Morán**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**



 **Kipatla**
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO



Versión literaria: Paola Morán
Ilustración: Enrique Torralba
Argumento original: Paola Morán
Guion de la versión para televisión: Daniela Vaca,
para la Estación de Televisión XEIPN Canal Once del Distrito Federal.
Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Coordinación general: Alicia Molina Argudín
Coordinación editorial: Adriana González Méndez
Cuidado editorial:
Norma Romero Ibarrola
María Cristina Vargas de la Mora
Marta Llorens Fabregat
Felipe de Jesús Ávalos Gallegos
Carlos Sánchez Gutiérrez
Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega
Formación: Karla Ma. Estrada Hernández
Investigación de “Para que conozcas más...”:
Víctor Hugo Ruiz Vázquez

Primera edición: octubre de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
del. Miguel Hidalgo,
11590, México, D. F.
www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kípatla, para Tratarnos Igual)
ISBN: 978-607-7514-99-2 (El pasado de Ana)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido
en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

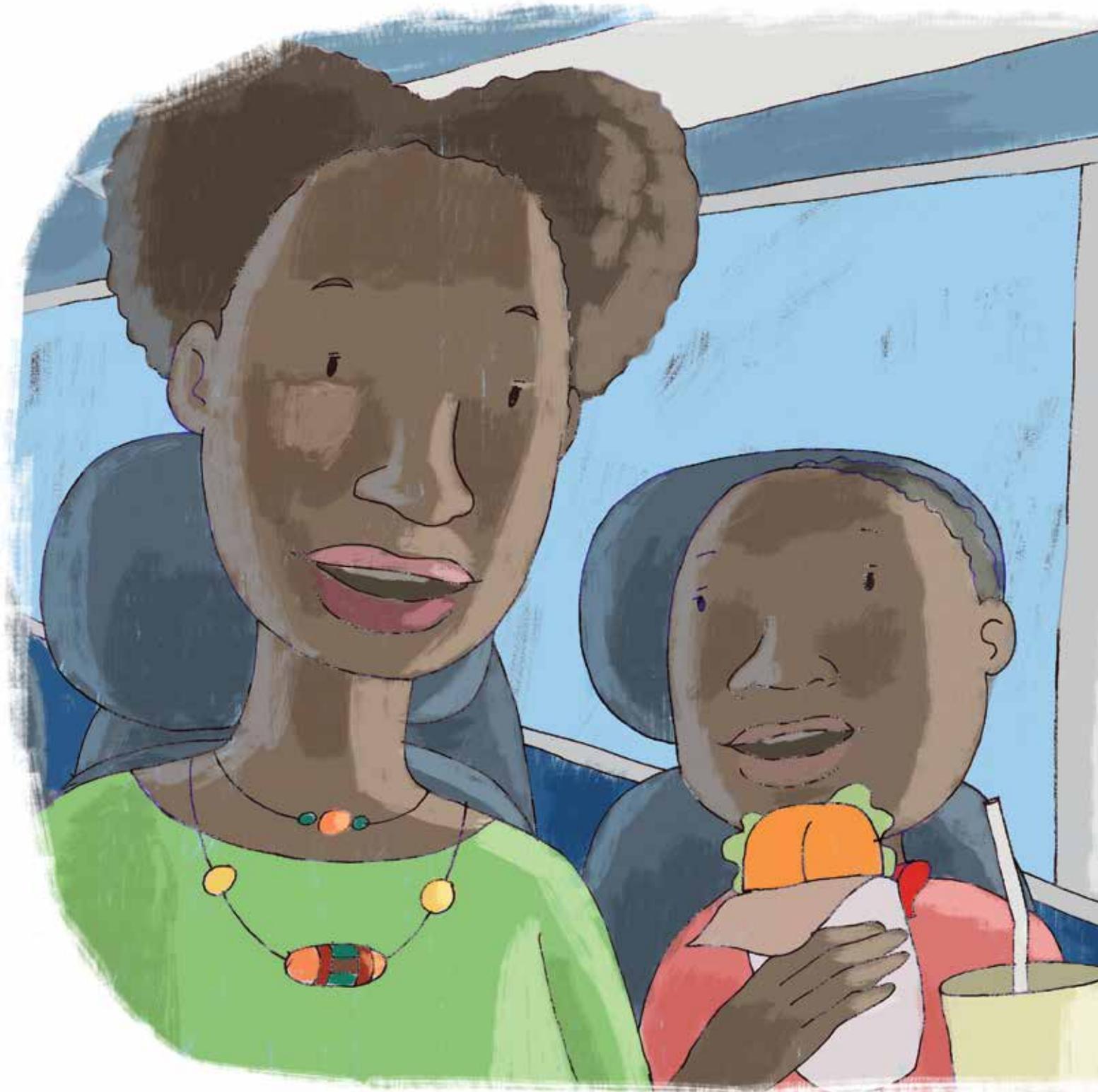
Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

El pasado de Ana

Versión literaria de **Paola Morán**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**





Ese día, San Nicolás amaneció con un sol magnífico y una brisa reconfortante. El café caliente templó mi cuerpo, mientras desde el portal de la casa veía pasar a los vecinos de buen humor. Pero no había mucho tiempo para contemplaciones, debía viajar con mi hijo Esteban a Kipatla, donde ya se encontraba Juan, su papá. Pasaríamos allí las vacaciones de verano.

Era un viaje de sólo dos horas, pero pensé que el trayecto se nos haría más largo, pues además del calor, Esteban pedía historias para el camino. Le gustaba que le contáramos cuentos de nuestra propia infancia. Su papá era mejor que yo para hacerlo, siempre había alguna travesura que recordaba y las relataba con tal gracia que no había manera de hacerle competencia. No era en vano que los niños de la escuela donde trabajaba lo llamaran “don Juanito, el de los cuentos”.

—Mamá, me quiero llevar una torta de jamón y agua de piña para el camino. ¿Podemos, por favor?

Como a mitad del viaje, Esteban preguntó:

—¿Cuántas cuerdas faltan?

—Una, pero muuuy larga —le contesté riendo.

—Ya quiero llegar a Kipatla. La abuela es la que siempre viene a San Nicolás en vacaciones para estar en el mar. Es la primera vez que nos toca ir a nosotros.

—Y nos está esperando con una comida muy rica.

—Tú no me has contado mucho de cómo es el pueblo de tu abuela, pero lo bueno es que ahora tenemos un rato largo para que me hables de tus aventuras en Kipatla, de cuando eras niña.

¡Era cierto! Yo había vivido un año con mi abuela y allí, en la escuela

Rigoberta Menchú, cursé el quinto año, y antes estuve en el Curso de Verano de la Casa de la Cultura. El más divertido de toda mi vida.

¡Nunca le había contado a Esteban sobre la primera vez que fui a Kipatla!

—Ya verás que con mi primera aventura tendremos plática para rato y le ganaré a tu papá el título de “contadora de cuentos”.

—No lo creo, para eso no hay nadie mejor que él —lo decía con esa sonrisa de grandes dientes, recién estrenados—. A ver si de veras puedes ganarle, ma, te reto.

—A ver, a ver. Si yo gano, no me interrumpes nunca más ...

—¡Va! Y si yo gano, puedo cambiarle el final a todo lo que cuentas.

—¡Trato hecho!



—**H**abía una vez una niña que llegó a Kipatla...

—Nooooo, ma, no empieces así porque parece que eres Caperucita y te va a comer el lobo. ¿Te salió un lobo en Kipatla? —reía y reía.

—No, claro que no me salió ningún lobo, pero la primera vez que pisé Kipatla varios niños pensaron que yo no era mexicana, sino que venía de otro país.

—¿Por qué? ¿Cómo crees?

—Por mi color de piel y por mi acento de la costa. En el mercado, me preguntaban de dónde era ese idioma que hablaba, y algunos niños se burlaban. Yo me sentía mal. Me molestaba que me vieran raro o no entendieran lo que decía. Era como si viniera de otro planeta, yo sentía horrible.

—Pero eres igual que los demás, aunque a veces un poco enojona eso sí; además, así hablamos todos en la costa, desde los más blancos hasta los más morenos.





—¡Ah!, es que en Kipatla tienen otro acento, ya se lo escucharás a las personas que conozcas hoy.

—¿Y qué pasó después? Ya cuéntame, para que me entere, pues.

—Llegué a Kipatla justo al inicio del verano. Mi abuela ya me había inscrito en el curso de la Casa de la Cultura. El profesor Ismael me recibió en el salón donde estaban todos y me presentó con el grupo. Los niños me recibieron bien, excepto Mario, que siempre estaba haciendo chistes a costa de los demás, pero a veces se le pasaba la mano y sus bromas se convertían en insultos.

—¡Ah! Como Valeria que molesta a todos. Un día se burló toda la mañana de un niño porque traía un moco pegado en el suéter.

—Así, como Valeria, haz de cuenta.

—Pero sigue, mami, sigue...

—El Curso de Verano me gustó desde el primer día. Había muchas actividades interesantes y, además, divertidas: dibujar, hacer máscaras, hornear galletas, partidos de futbol y basquetbol. Sin embargo, Mario no paraba de burlarse de mí y de mi amigo Rigo, un niño que venía del Norte y también hablaba con un acento distinto. Mario nos llamaba “el norteco” y “la costecita”, y cada vez que podía nos molestaba: si éramos extranjeros, para qué habíamos venido a México, y a mí me decía que los negros estaban



mejor en África, que me regresara para allá. Algunos niños nos defendían gritando que ya nos dejara en paz.

Un día, el profe Ismael lo oyó gritarme “¡negrita cucurumbé, que te comes todas las eses!”. Ésa fue la primera vez que vi al maestro tan enojado.

Le dijo muy serio a toda la clase:



—Ana es una persona afromexicana, como hay muchas en todas partes del país. Su acento es diferente sólo porque viene de la costa. Además, aquí no nos llamamos por el color de nuestra piel, cada uno tiene su nombre.

—Sí —dijo Beto en tono de broma—, si nos llamáramos por nuestro color de piel, Blanca sería rosa, Rosa sería café, yo sería rojo, Alicia beige y Mario medio anaranjado.

Todos se rieron, hasta yo misma, y entonces Tere insistió.

—Pero, ¿cómo le decimos a la niña nueva?, profe, ella es una persona de color.

Ahora fue el maestro Ismael quien rio de buena gana.

—¿No estás viendo, Tere, que todos somos de color? Dile Ana, ése es su nombre y es la mejor manera de llamarla. Creo que tenemos mucho que aprender —afirmó.



Entonces fue cuando se le ocurrió dejarnos una tarea.

—¿Una tarea?! ¿Antes de empezar las clases? —me preguntó Esteban sorprendido.

—Sí, era algo como una tarea, pero ya verás que resultó muy divertido y muy útil, sobre todo para Roberto y para mí, ¡ah, y para Mario también!

El profe Ismael nos pidió entrevistar a algún miembro de la familia, de preferencia a nuestros abuelos, para rastrear nuestras raíces. Y como tú, Esteban, muchos niños protestaron, así que el profe nos explicó que era un ejercicio sencillo para saber más de nuestra familia y nuestros antepasados. Esos días fueron muy significativos para mí, por los descubrimientos que hice con mi abuela y por lo que pasó después con Mario.

Me acuerdo perfectamente de lo que dijo el maestro. Habló de la importancia de conocer nuestro pasado y reconocernos como “sujetos históricos”, esto es, que hacemos historia. Tu cara de duda, Esteban, fue la misma que le pusimos al profe, y mi amigo Rigo se atrevió a preguntar en voz alta: “¿Qué es eso?”. Él nos explicó: “La historia del país está hecha de pedacitos de historias personales. Todos hacemos historia, ya lo verán”.

Esteban estaba tan confundido como yo cuando vivía en Kipatla de niña.

La “Historia” es como un gran tapete, nos aclaró Ismael con mucha paciencia, y las “historias” de cada uno de nosotros son como los hilos con los que estamos tejidos. Resulta que la cotidianidad, es decir, lo que hacemos cada día, va creando la Historia.

Mira, Esteban, tú lo entiendes bien, porque cuando le pides a papá o a mí que te contemos de cuando éramos niños, nos estás pidiendo que te platiquemos algo donde puedas reconocerte, algo que te puede pasar a ti también, y así como mi historia es parte de la tuya, también forma parte de la historia de la comunidad, del país y hasta del mundo.

—¿O sea que yo podría ser un héroe si un día hago algo que luego que se vuelva parte de la Historia de México?

—Sí, podría ser...

—Ahhhh, ¡padrísimo! Síguele pues...

Nosotros también llegamos a la conclusión de que podíamos ser héroes, y yo escogí a Josefa Ortiz, otros a Hidalgo, Mario dijo que quería ser como José María Morelos, y Rigo como Guerrero. El maestro nos explicó que no necesitábamos ser héroes para ser parte de la Historia, bastaba con participar en la vida y en las decisiones de nuestra comunidad.





—Caray pues, ma, ya te saliste del cuento de Kipatla que me estabas platicando, sigue, anda, por fa.

—Sí, sí, ya vuelvo a Kipatla, pero es que siempre me ha encantado la Historia de México, me acuerdo de mis lecciones de primaria. También a mi abuelita le fascinaba, de ella heredé ese gusto.

Al final de ese día, Mario se burló de mí otra vez. Dijo que si todos éramos parte de la historia, pues los “negros” también, y me miró y se rio.

—Ay, pobrecita ma, ese niño era insoportable. Hubiera querido estar allí para darle un buen trancazo y defenderte.



—Gracias, Esteban, pero ya verás que la tarea del profe Ismael fue más efectiva que cualquier golpe, y que Mario se llevaría una sorpresa con su propia familia.

Esa tarde, a la salida del curso, me fui con Alicia, mi nueva amiga. Ella estaba entusiasmada porque la tarea era un buen pretexto para ir a visitar a su abuelito, a quien le encantaba hablar de su pueblo. Y luego comentó, tan tranquila como si dijera algo sin importancia, que estaba ansiosa por conocer mi pasado y saber de qué país venía. Yo me molesté muchísimo, me pareció el colmo que también ella pensara

en mí como extranjera; fue igual que si me dijera que yo no pertenecía a su equipo o que no era mexicana, como todos los demás. Su actitud me dolió más que las burlas de Mario. No podía creer que, por el color de mi piel, ella también me juzgara diferente, así que me fui corriendo.

Cuando llegué a mi casa, mi abuela se dio cuenta de que venía de muy mal humor y, con la ternura de siempre, me sentó en sus piernas, me dio un té y me tranquilizó. Aún ahora, cuando me exalto, recuerdo el olor a hierbas de mi abuela y sus tés de toronjil, canela o hierbabuena, que me calmaban y me daban consuelo.

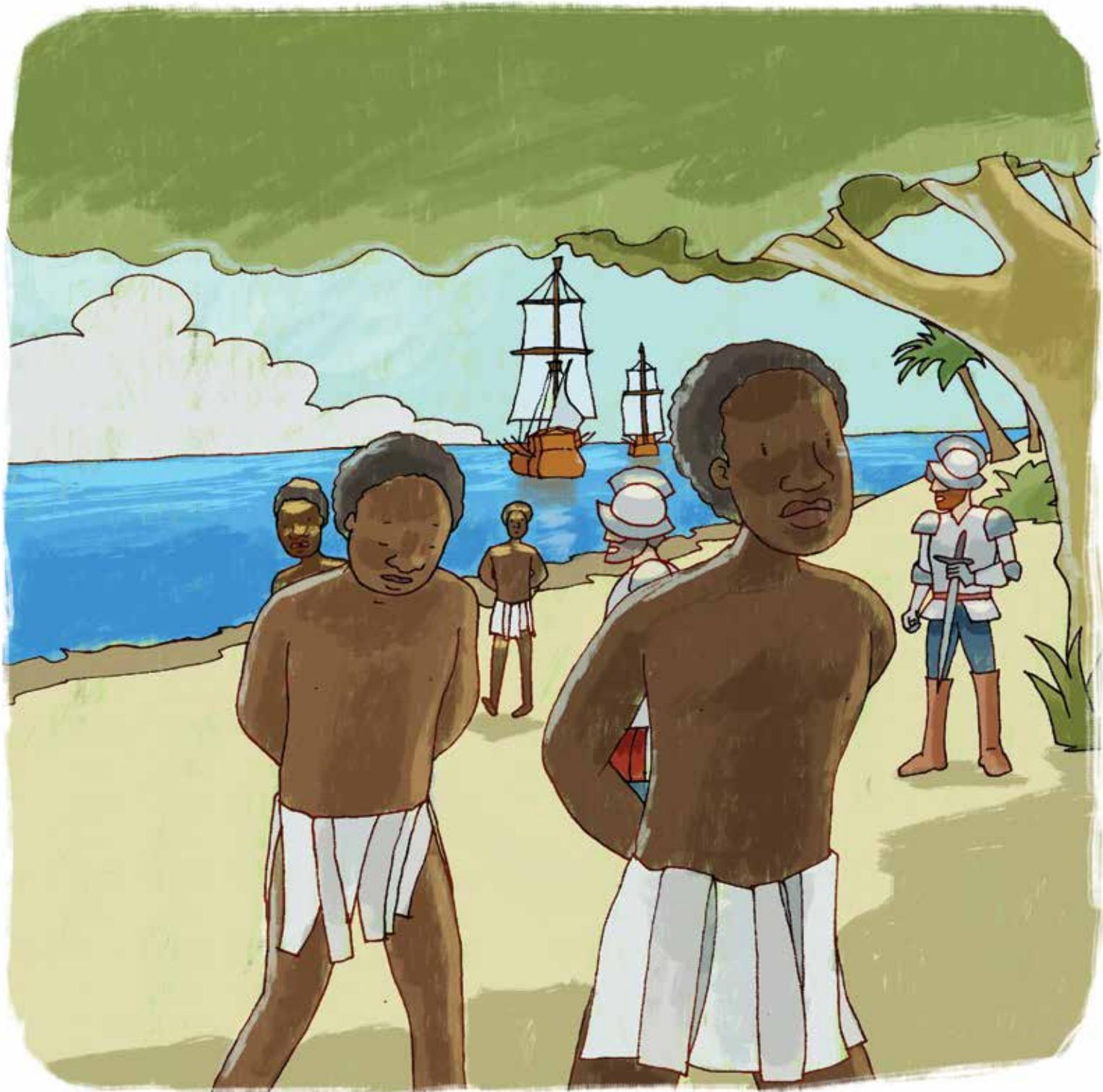
Después, me puso a limpiar los frijoles y estábamos tan a gusto, que aproveché para contarle sobre la tarea, mis nuevos amigos Rigo y Alicia, y las burlas de Mario.

Ella me escuchó con paciencia, mientras dejaba salir mi enojo, y después dijo:

—No hay que hacer caso de lo que la gente opina sin saber, al contrario, debemos estar muy orgullosas de nuestras raíces, porque es verdad que nuestros antepasados vinieron de África, aunque de eso hace ya siglos. Y como a ti te gustan los cuentos, te contaré uno.

Se acomodó en la mecedora y, después de dar un largo sorbo a su té, empezó:





—Mira, mi muchacha, lo que te voy a contar sucedió hace mucho tiempo. Me lo contó mi abuela y a ella sus abuelos, y así hacia atrás, en una cadena larga, larga. ¡Óyeme que te va a gustar!

Como te decía, nuestras raíces están en África. A los primeros hombres y mujeres los trajeron de allá para realizar las labores más pesadas en las haciendas, pues muchos indígenas habían muerto por la guerra y las enfermedades desconocidas que trajeron los españoles cuando llegaron a América.

A pesar de que en los libros no aparece nuestra historia como pueblo, sí hay personajes muy importantes que fueron, como nosotros, afromexicanos. Lo que quiero contarte empieza muchos años después, casi trescientos. cuando ya aquellos africanos habían tenido muchas generaciones de hijos nacidos en México.

Comenzó un domingo en que una señora, camino a misa, sintió que su hijo estaba por nacer y lo tuvo en medio de la calle. A ese bebé lo llamaron José María Teclo Morelos Pérez y Pavón, y su abuelo pensó que era un niño tan impaciente, tan ávido de mundo, que seguro haría algo importante. Su papá era carpintero, tenía siete hijos más y eran tan pobres, que no podían ir a la escuela, por lo que su mamá y su abuelo materno los enseñaron a leer y a escribir en su casa. Cuando el niño tenía ocho años, su padre se fue, así que tuvo que empezar a trabajar





para ayudarle a su mamá. Consiguió empleo en una hacienda, fue campesino, ganadero, arriero, sufrió injusticias y maltratos, pero vio que la peor parte la padecían los nuestros, los descendientes de aquellos que siglos atrás habían llegado de África. Eso le dolía, porque él también era afromexicano, como nosotras.

Años después, estudiando en el seminario de Valladolid, conoció al padre Hidalgo, el hombre que inició la Independencia de México. Hidalgo fue su profesor, era un buen maestro, una buena persona, y se hicieron amigos. Cuando Hidalgo organizó a los pobladores para pelear en contra de los españoles, llamó a sus amigos para que le ayudaran, y él lo siguió.

Hidalgo se murió en la lucha y a Morelos le tocó continuarla, así que se hizo líder del ejército y organizó un Congreso, es decir, un grupo de personas que hicieron leyes. José María recordaba muy bien los abusos que había presenciado en las haciendas, así que, continuando con lo que había iniciado el cura Hidalgo en 1810, en Valladolid, estableció la “abolición de la esclavitud”, es decir, la libertad para los esclavos.

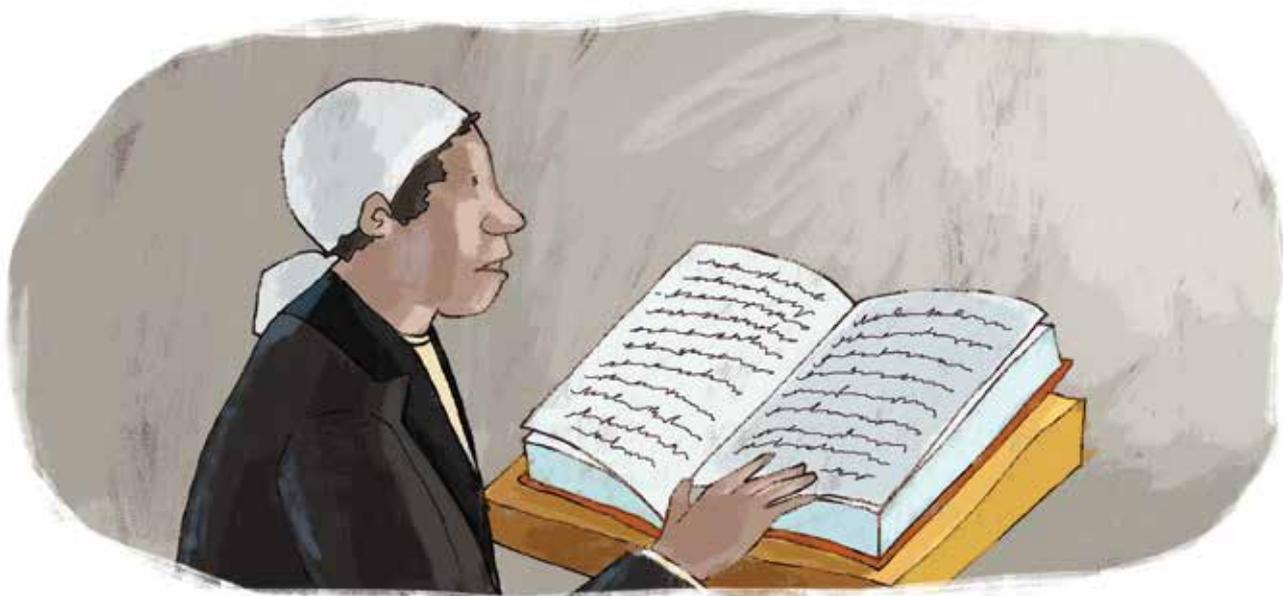
Mi abuela me contó toda esta historia sin hacer pausas. Nada más bebía su té de toronjil y comía cemita con piloncillo de vez en vez, y yo intentaba aprovechar esos descansos para preguntar algo, pero ella me veía intensamente

con sus ojos verdes, o volteaba la cabeza para acomodar su cabello crespo, así que yo no me atrevía a decir ni pío.

Cuando acabó, me mostró el relicario que siempre lleva colgado en el cuello. Es un hermoso medallón que se puede abrir. En él guarda, todavía hoy, las fotos de sus abuelos y un papelito muy bien doblado donde está escrito un fragmento del decreto de abolición que firmó José María Morelos el 22 de octubre de 1813: “Porque debe alejarse de la América la esclavitud y todo lo que a ella huela, mando que los intendentes de provincia y demás magistrados velen sobre que se pongan en libertad a cuantos esclavos hayan quedado”.

—Lo llevo siempre conmigo —me explicó—, porque en mi familia ha pasado de padres a hijos, para recordarnos que nuestra libertad es un tesoro y que somos responsables de las decisiones que van tejiendo nuestras vidas.

Y continuó diciendo:



—¡Libres de la esclavitud, después del decreto, los descendientes de África tuvieron derecho a organizarse y a vivir como quisieran!

—¿Antes no podían vivir como quisieran, mamá? —interrumpió Esteban.

—No, hijo, desafortunadamente hemos vivido en sistemas esclavistas, obligando a otras personas a hacer trabajos duros o desagradables. Por ejemplo, en la Colonia, un hacendado podía tener muchos sirvientes que debían hacer lo que él les ordenara, y si no, los azotaba...

—¡Qué horror!

—Así es, pero gracias a Hidalgo y Morelos, en el nuevo país que se llamó México, donde ahora vivimos, se terminó con ese sistema.

De ese modo fue como me di cuenta de que la historia de nuestra familia formaba parte de la Historia de México.

—¿Y qué pasó después de que platicaste con tu abuela? ¿Al otro día presentaste tu tarea, mamá?

—Ya casi llegamos a Kipatla, me voy a apresurar para terminar mi historia, pero antes de contarte sobre el siguiente día, tienes que saber que algo más sucedió esa tarde en casa de mi abuela.

La abuela estaba guardando su papelito, cuando escuchamos que alguien tocaba a la puerta. Yo abrí y cuál sería mi sorpresa:

—Es Mario, abuela, el niño que...

El señor que venía con él, completó mi frase:

—El niño que te ha estado molestando viene a decirte que no lo hará más, porque esta tarde platicamos y aprendimos mucho —se volteó a mirarlo y concluyó—: ¿Verdad, Mario?

—Sí, vengo a hacer las paces, Ana, te traje unos dulces.

Yo me quedé asombrada, no sabía si cerrar o dejarlos pasar, porque me daba miedo que fuera otra broma, pero mi abuela, quien siempre sabía qué hacer, los invitó a entrar y les dio un tecito de ésos tan buenos que preparaba. Nos sentamos en la cocina, donde hervía la olla con los frijoles que habíamos limpiado, calentando la habitación, pues Kipatla es un poco frío y húmedo,



bueno, eso lo digo porque yo estoy acostumbrada al calorcito de la costa. La conversación entre nuestros abuelos fluyó tan cálida como el cuarto en donde estábamos, y Mario se portó muy amable. ¡Yo no lo podía creer!

Al siguiente día, al llegar al salón, el profesor nos sentó formando un círculo:

—Buenos días, ¿hicieron sus entrevistas? —preguntó el profe Ismael.

—¡Sííí! —respondimos a coro.

—Pues les tengo una propuesta. Ahora, uno de ustedes será profesor por un día y organizará a los demás para que cuenten sus historias.

—¡Ah, qué fácil! —dijo Mario—, eso lo hace cualquiera.

—Pues entonces, Mario, a ti te toca ser el profesor por hoy. Yo seré un simple observador y tú vas a pedir a tus compañeros y compañeras que pasen al centro, uno por uno, a contar sus historias, y luego darás las conclusiones.

—Muy bien, que pase primero Ana, porque su historia es fantástica.

—No, no —repliqué, queriendo zafarme de ser la que iniciara—, tú primero Mario.

—¡Bueno, ya, quien sea! —gritó Armando.



—Está bien, está bien, empiezo yo, pero no se burlen —advirtió Mario.

Sin embargo, reímos todos.

—No, no —interrumpió Rigo—, no se vale reír, porque tenemos que respetarnos y escuchar las anécdotas familiares. Yo tengo curiosidad por conocer su historia, así que nadie se ría, que él va a hablar.

—Gracias, Rigo —respondió Mario—. Creo que a ti te sale mejor eso de ser el profe, así que, si quieres, yo inicio contando mi historia, que es muy larga, y tú la haces de maestro, ¿sale?

—De acuerdo —asintió Rigo, y luego le dio la palabra a Mario.

—Yo descubrí que en la familia de mi mamá...

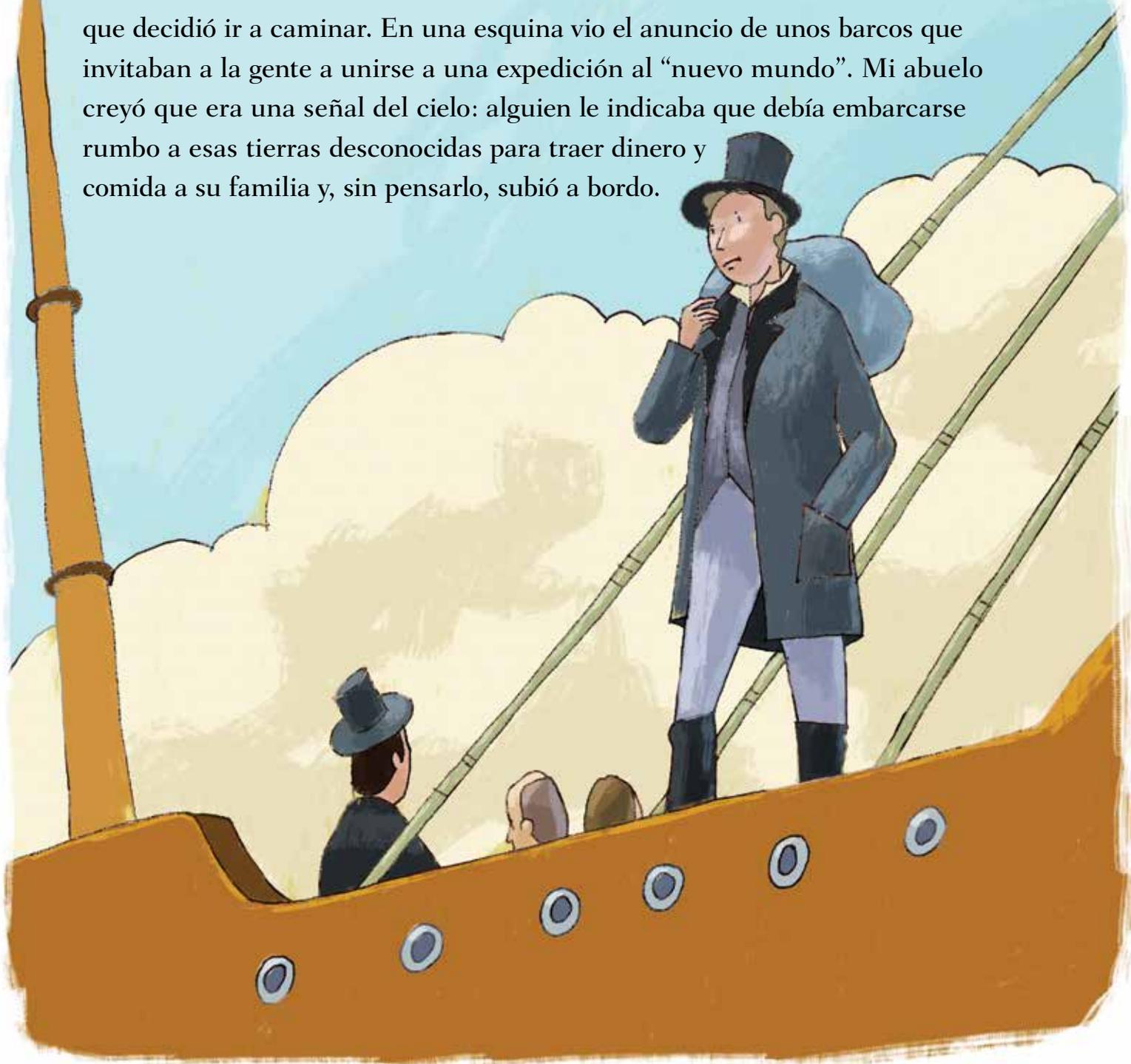
—Ay, ya, Mario, ¡habla de una vez! —interrumpió Armando.

—Déjalo que termine de empezar —indicó Rigo.

—Descubrí que en la familia de mi mamá, el abuelo de mi abuelo vivía muy lejos de aquí, en un lugar donde hablan inglés. Trabajaba en el campo y en las tardes hacía corbatas para mantener a su familia, pero estaba cansado y triste porque no lograba vender ni una, y la cosecha tampoco iba bien. Un día, alguien le regaló unos zapatos. Estaba tan contento de tener los pies calientes, porque hacía mucho que no tenía unos sin agujeros,



que decidió ir a caminar. En una esquina vio el anuncio de unos barcos que invitaban a la gente a unirse a una expedición al “nuevo mundo”. Mi abuelo creyó que era una señal del cielo: alguien le indicaba que debía embarcarse rumbo a esas tierras desconocidas para traer dinero y comida a su familia y, sin pensarlo, subió a bordo.



La primera semana de viaje no tuvo tiempo ni de pensar en lo que había hecho, porque les cayó una tormenta espectacular. El capitán gritaba que amarraran las cosas, pues el agua entraba y se llevaba cuerdas, comida, personas, todo lo que hallara a su paso. El tatarabuelo, que nunca en su vida había imaginado algo así, tuvo que atarse al barco para no caer en medio del movimiento y la confusión. Fueron noches y días aterradores, pero después, el tiempo mejoró y pudieron seguir la travesía. Sólo veía agua hasta donde llegaba su mirada y entonces, al paso de las semanas, se dio cuenta de lo que había hecho: dejar para siempre su tierra y su familia, sin posibilidad de regreso. No había oportunidad de arrepentirse, había saltado a un mundo lejano y allá tendría que hacer otra vida.

—¡Ay, qué triste! —gritó una voz del círculo de niños—. ¿Cómo que nunca volvió a ver a su familia?

—Y eso no fue lo peor —continuó Mario—, cuando el barco llegó a América, bajaron a todos los tripulantes en el puerto, los pusieron en una fila y les dijeron que eran ¡prisioneros de guerra! Tenían que alistarse para ir a pelear al sur. Les dieron un uniforme, dos pares de zapatos —eso sí lo puso contento—, una pistola y una paga semanal. Caminaron días y semanas, hasta que llegaron a otro territorio donde ya no se hablaba inglés, sino español. Al principio, mi tatarabuelo no entendía qué pasaba, porque nunca en su vida había escuchado



otro idioma. Los pusieron a luchar, pero cuando se dieron cuenta de que los del bando contrario tenían el mismo Dios que ellos y una virgen muy parecida a la suya, se complicó la batalla. La gente con la que venían los había enlistado como prisioneros de guerra y, en cambio, los lugareños no eran tan malos, les daban de comer y oraban juntos, por eso decidieron cambiar de bando y quedarse a vivir en ese otro mundo que resultó ser México.

—¿De dónde era tu tatarabuelo? —le preguntaron a Mario.

—Mi abuelo era irlandés. Llegó en 1847 con el famoso Batallón de San Patricio, que venía con el ejército estadounidense cuando invadió México. Se quedó en esta tierra y de allí viene mi familia.

—¿O sea que tú también eres extranjero? —preguntó Cristina.

—¡Ay, no!, eso pasó hace muchísimo tiempo —afirmó Mario—, y no somos extranjeros, somos de aquí, como Ana. Su familia viene de África, pero eso fue hace siglos y ahora todos somos mexicanos.



—Pero como mis antepasados llegaron tres siglos antes que el tuyo, yo soy por lo menos trescientas veces más mexicana que tú.

—Ahora sí me ganaste, Ana —contestó Mario, extendiéndome la mano y riendo.

Ese saludo fue el inicio de una amistad que dura hasta hoy.

—También aprendí —siguió Mario— que la familia de mi papá viene de españoles e indígenas, o sea que somos una mezcla, porque mi bisabuelo era español y mi bisabuela venía de la sierra de Puebla. ¡Así que yo soy una ensalada!

—Por más que Rigo se pusiera serio, con eso de la ensalada no pudimos contener la risa.

—¡Basta! —gritó Rigo—. Todos tenemos una historia que contar.

—¡Mami, mami, ya llegamos a Kipatla, y no interrumpí tu historia!

—Entonces, ¡le gané a tu papá el título de “contadora de cuentos”!

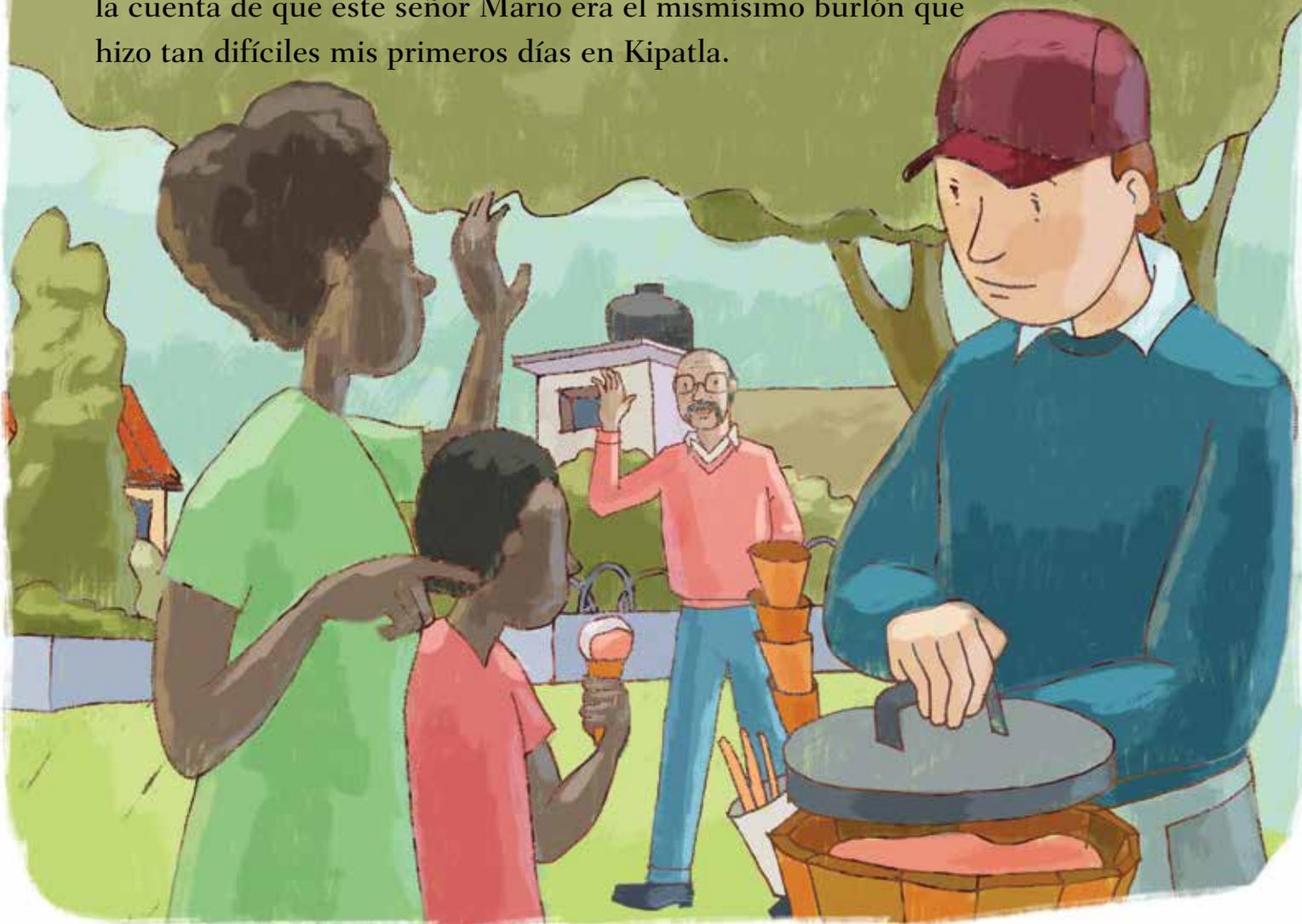
—Tampoco exageres, ma, y ya mejor apúrale con tus bolsas, porque abajo nos está esperando papá. ¡Qué emoción!

El reencuentro con mi abuela fue un momento hermoso. Tal como imaginaba, nos había preparado un verdadero banquete con mis platos favoritos. Invitó a todos los parientes del pueblo y la sobremesa fue una delicia, con su famoso té y una plática interminable.

Cuando se hizo tarde, decidimos ir a los Portales a tomar un helado y a esperar que oscureciera, pues en esa época, en cuanto caía la noche, salían las luciérnagas y no quería que Esteban se perdiera ese espectáculo.

Estábamos eligiendo los sabores de nuestros barquillos cuando lo vi. Era el profe Ismael, más viejo, más delgado, mucho más canoso, pero el mismo maestro sonriente y sabio que yo recordaba. Estaba en una mesa jugando ajedrez con Mario y Alicia, mis amigos de cuarto año. Corrí a saludarlos y nos dimos un abrazo largo, repleto de nostalgias.

Después vinieron las presentaciones, y fue cuando Esteban cayó en la cuenta de que este señor Mario era el mismísimo burlón que hizo tan difíciles mis primeros días en Kipatla.



—Así como lo ves de chaparrito, ya te tenía preparado un buen golpe para defenderme —le advertí a mi amigo.

—¿Pero no le explicaste que luego nos hicimos inseparables, junto con Rigo y Alicia? ¡La pandilla de los cuatro!

Después, mi esposo Juan y Mario se pusieron a platicar y, finalmente, mis amigos contaron que junto con otros compañeros estaban dando un Curso de Verano en la Casa de la Cultura, de la que Mario era director, y que Esteban estaba invitadísimo a asistir.

En ese momento, empezaron a aparecer las luciérnagas y la magia de sus luces nos silenció a todos.

El lunes, Juan convenció a Esteban de que sería muy buena idea ir al Curso de Verano y conocer a otros niños y niñas, para que no se le hicieran tan largas estas vacaciones sin mar.

El primer día lo acompañamos los dos y, después de una brevísima presentación del director, empezamos a escuchar:

—¡Holaaaaaaa, holaaaaa! —unos grititos melodiosos de los niños que nos miraban.

—Mami —Esteban reía, mientras nos aproximábamos a ellos—, esos niños no tienen acento costeño, pero hablan como cantando.

—¡Hola, yo soy Esteban, vengo de San Nicolás!

—¡Bienvenido, Esteban, vamos a jugar fut! ¿Te gusta?

—Me encanta y soy buenísimo.

Mi niño se integró literalmente en tres patadas, las que le dio al balón. Nos daba gusto que se hubiera incorporado tan fácilmente.

Un día, llegó con una sorpresa:

—Hoy nos dio clase tu amigo Mario y, ¿qué crees?, nos dejó una tarea como la del maestro Ismael, para contar cuentos de nuestras familias, y a mí me dijo: “Quiero que le platiques a todos la historia de tu familia y cómo fue que tu mamá y yo nos hicimos amigos”.

Al día siguiente, yo lo llevé a la escuela y, de camino, fuimos recordando algunos detalles de lo que iba a contar, para que no se le olvidara nada.

De pronto, me dijo:

—Ma, ya lo pensé bien, mi cuento se llamará “El Pasado de Ana”.

Al llegar, Esteban entró corriendo junto con los otros niños, pero de pronto recordó algo y volvió para decirme un secreto:

—¿Te acuerdas de nuestra apuesta el día que me contaste tus aventuras en Kipatla? Pues, ¡te prometo que no voy a cambiar el final de tu cuento, mamá!



Para que CONOZCAS más...

Las personas afrodescendientes en México

Los primeros registros de la llegada de personas africanas a América se remontan al siglo XVI, cuando países conquistadores, como España y Portugal, comenzaron a traer desde África personas esclavizadas para trabajar en tierras de nuestro continente, actividad que se mantuvo hasta el siglo XIX.

En el caso de México, la presencia de personas africanas se remonta al periodo de la Conquista. La mayoría de ellas eran traídas para trabajar en la extracción de minerales y para laborar en las haciendas ganaderas y azucareras. Durante esa etapa de la historia de México, la población africana disminuyó drásticamente debido a terribles epidemias. Durante la época virreinal, había más mujeres africanas que hombres y se dedicaban princi-

palmente a trabajos domésticos, artesanales y, en menor medida, al comercio.

En la actualidad, las personas descendientes de esas poblaciones africanas en México son identificadas como afrodescendientes o afro Mexicanas, y son una parte muy importante de la diversidad cultural de nuestro país.

La gran mayoría de los pueblos, comunidades y personas afrodescendientes se localizan en los estados de Coahuila, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, Michoacán, Morelos, Oaxaca, San Luis Potosí, Veracruz y en el Distrito Federal.

¿Qué es el racismo?

El racismo es una ideología que se basa en creencias erróneas de que unos grupos sociales son inferiores a otros por su color de piel, los rasgos de su cara, su tipo de pelo, o bien, por sus diversas prácticas culturales, tales como la alimentación, la religión, sus formas de vestir, bailes, música o relaciones familiares, entre otras. Tales creencias son el resultado de la dominación de unos pueblos sobre otros y buscan justificar el sometimiento, el maltrato e incluso el exterminio de personas o grupos por esa supuesta inferioridad.

Las investigaciones actuales han dejado en claro que los seres humanos constituimos una sola especie, por lo que no se justifica hablar

de “razas humanas”, ni mucho menos pensar que unas personas sean mejores que otras.

Es muy importante saber que, actualmente, en México, todas las personas gozan de todos los derechos, sin discriminación alguna.

¿Cómo son discriminadas las poblaciones afrodescendientes en México?

Históricamente, a las personas afrodescendientes se les ha restringido, vulnerado o negado el ejercicio de sus derechos, muchas veces por su color de piel, pues han sido injustamente consideradas como personas inferiores que se comportan de manera atrasada, violenta e incivilizada.

Debido a la discriminación histórica hacia la población afrodescendiente, en México se han implementado muy pocas acciones y políticas públicas para contribuir a su bienestar, pues su invisibilización es un fenómeno recurrente, agravado por la falta de información estadística suficiente sobre ella.

Con la *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México 2010* se obtuvieron los siguientes datos:

- 7 de cada 10 personas manifestaron que las tratan de manera diferente por su apariencia física.

- 4 de cada 10 personas opinaron que a la gente se le trata de forma distinta según su tono de piel, situación que es más acentuada en poblaciones de menor nivel socioeconómico.

¿Qué dificultades enfrentan las personas afrodescendientes en México?

- Discriminación racial por su color de piel.
- Negativa o restricción de tránsito por parte de agentes migratorios o de cuerpos policiacos, al relacionarlas con migrantes de Centroamérica, Sudamérica o el Caribe.
- Negativa o restricciones en el acceso a servicios y programas gubernamentales destinados a las comunidades rurales o indígenas.
- Chistes, comentarios y frases que ridiculizan, minusvaloran o desprecian su tono de piel, su historia, su cultura, sus tradiciones o su condición social.
- Son estigmatizadas y etiquetadas debido a prejuicios persistentes que las asocian con ciertos periodos históricos, como la esclavitud.
- Dificultades o limitaciones para conseguir empleo.

- Reproducción de estereotipos negativos en medios de comunicación.

Reflexiona y actúa...

¿Conoces a alguien que tenga ascendencia africana? ¿Cómo crees que se sintió Ana, la protagonista del cuento, cuando se burlaron de ella por su color de piel? ¿Cómo te sentirías si un día llegaras a un lugar y te maltrataran por hablar y verte diferente? ¿Qué harías para ayudar a una persona que fuera discriminada por su color de piel y su forma de hablar?

Trabajando en equipo con tus compañeras y compañeros de clase, realicen una investigación para elaborar un periódico mural sobre personajes afrodescendientes de la historia y de la vida cultural de México. Incluyan muestras de la influencia que la cultura africana ha tenido en nuestro país, como canciones, pinturas, nombres de lugares y de personas, comida, costumbres, etc.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

El pasado de Ana
se terminó de imprimir en noviembre de 2014
en los talleres de Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), San Lorenzo 244,
col. Paraje San Juan, del. Iztapalapa,
C. P. 09830, México, D. F.

Se tiraron 10 000 ejemplares.

Ana conoce una historia muy interesante que le ha contado su abuela, a quien se la contaron sus abuelos, y así hacia atrás, por muchas generaciones. Esa historia comienza con la llegada de los españoles a América y culmina con su hijo Esteban, quien está a punto de conocer Kipatla. En ella también aparecen personajes históricos muy importantes. ¿Quieres saber quiénes son?

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta